

Perder

Francisco Cabezas



Panenka

Francisco Cabezas (Barcelona, 1978) es periodista y jefe de la sección de Deportes de *EL MUNDO* en Catalunya, donde firma las crónicas de los partidos del FC Barcelona. Se incorporó al periódico en 2001, tras pasar por la histórica revista *Don Balón*, y también colabora con las emisoras *RAC1*, *Radio MARCA* y *Onda Cero*. Ha cubierto finales de *Champions* y Eurocopas, y se emocionó visitando la casa de Dostoyevski durante el Mundial de Rusia. Su carrera como goleador de pabellones desiertos acabó el día que emuló el escorzo de Cruyff. Con la rodilla rota se convenció de que era más seguro escribir que jugar.

Perder

Francisco Cabezas

Panenka

Primera edición: junio de 2022

© Perder, 2022

© Francisco Cabezas

© Ilustración de portada: Diego Mallo

Diseño y maquetación: Anna Blanco Cusó

© Grupo Editorial Belgrado 76, S.L.

C/Grassot 89, bajos

08025 Barcelona

www.panenka.org

ISBN: 978-84-124525-4-9

Producción del ePub: booqlab

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

*A Lidia, Alba y Adrià.
Por estar cuando yo no estoy.*

**AHORA
(PRIMERA PARTE)**

**BARCELONA 8
MATADOR PÚCHOV 0**

**CELTIC 1
BARCELONA 0**

**BARCELONA 2
ARSENAL 1**

**CHELSEA 1
BARCELONA 1**

**BARCELONA 2
MANCHESTER UNITED 0**

**ESTUDIANTES DE LA PLATA 1
BARCELONA 2**

**REAL MADRID 0
BARCELONA 2**

**BARCELONA 3
MANCHESTER UNITED 1**

**BARCELONA 2
CHELSEA 2**

**REAL SOCIEDAD 1
BARCELONA 0**

**JUVENTUS 1
BARCELONA 3**

**PSG 4
BARCELONA 0**

**BARCELONA 6
PSG 1**

**ROMA 3
BARCELONA 0**

**BARCELONA 2
VALENCIA 1**

**LIVERPOOL 4
BARCELONA 0**

**BARCELONA 2
BAYERN 8**

**AHORA
(SEGUNDA PARTE)**

Ahora

(Primera parte)

Sigo sentado en mi viejo pupitre del estadio. Mirando sin mirar. Como si los ojos, hartos de atender a un espectáculo que dejó de ser el mío, se hubieran dado la vuelta. En busca de algo que no estaba fuera, sino dentro de mí. Ya no noto el pulso acelerado. Tampoco el nudo en la garganta que tanto me oprime cuando me invade la oscuridad. Estoy en paz. O eso creo. Qué sé yo. Me aseguro de que ninguno de mis compañeros esté pendiente de mí. Soy pudoroso. Y lloro.

Me estoy despidiendo, aunque aún no sé exactamente de qué. Acaricio el tapón del bolígrafo. Recorro su tronco y palpo la punta. Sobre la mesa parece inocente, pero ya no me engaña.

Siempre te hablan de los nervios de la primera vez. De cómo la pasión y el empeño del novato corrigen los pecados de la inexperiencia. Aprendemos a controlar la lengua en los besos. A no morder cuando no toca. A desabrochar sujetadores. A mentir mejor. Pero nadie te enseña a decir adiós.

El corazón vuelve a bombear. Echo un último vistazo a mi alrededor y solo veo butacas vacías. Intento hacer una cuenta rápida de las crónicas que he escrito desde esta tribuna de prensa. Quizá 400. ¿O son 500? Incluso más. Tengo muy mala memoria. Pero no para las sensaciones. Esas estaban ya tatuadas. También en mis brazos. Gritos y goles. Patadas y silbidos. Frío que astilla los huesos, calor en las yemas de los dedos. Minutos de silencio

por muertes que hacía mías. Erguido como un espantapájaros, manos bajo el ombligo, y Pau Casals con su violonchelo.

Y las crónicas, que para eso estaba allí. Las mismas por las que tanto sufrí. Llegué a amarlas con más desesperación que devoción. También las desprecié. Por algo eran artefactos hechos para la tortura. Aquellas maquetas en blanco, donde los diseñadores, dictatoriales, esperaban que escribiéramos evangelios de 5.000 caracteres a la velocidad de la luz, eran el único lugar donde podía liberar demonios. Despararramar obsesiones. Los fracasos que ahí narraba siempre eran los de otros. Nunca los míos.

*

Estoy en el agujero negro que nunca vio Stephen Hawking: el Camp Nou. Es una mole de cemento. Desde la calle impacta, pero es al entrar cuando te engulle una ballena. Cuántas veces soñé con aquel Pinocho que encendía la hoguera para hacer estornudar al monstruo.

Quienes viven la experiencia por primera vez difícilmente pueden explicar después qué ha ocurrido. Es imposible. La inmensidad te lleva de la mano. Cualquier detalle te arranca de la realidad y del presente. El verde del césped, tan perfecto. El viejo del puro y su olor a rancio. Colonia Brummel y caramelo de menta. Los guiris que agitan banderines de papel y celebran goles que no son del Barça. Los *frankfurts* pagados a precio de oro en barras de bar donde las cucarachas montan su pasarela. Fotografías y vídeos, porque los recuerdos ya no los fabricamos mirando, sino filmando. “*Els nois molt macus*”, que era como llamaba el expresidente Sandro Rosell a los maleantes de mano alzada. Incluso si uno tarda mucho en salir y espera a que los focos se apaguen, son los gatos los que dan las buenas noches. Nunca faltaron ratas por cazar.

El partido contra el Elche del Gamper acabó. Introduzco con cuidado el *pen drive* en el sobre. Ahí está todo. Me levanto por fin del asiento, desorientado y perdido pese a conocer hasta el último rincón de la celda. No puedo meter prisa a Fermín para que acabe de una vez con la ficha. Vuelvo a llorar. Dejo el ordenador enchufado. Lo abandono con el estúpido

convencimiento de que alguien pensará en perpetuar la presencia del cacharro sobre la mesa. Algo así como un homenaje al periodista caído en servicio. Qué gilipollez.

Frente a las cabinas de las radios, a las que no reconozco silenciosas, están los dos ascensores que deben sacarme del estadio. Los técnicos, a esas horas, mueven cajas y enrollan cables. No quiero perder más tiempo. Las escaleras de metal están justo al lado. Creo que estoy corriendo. Si alguien me ve, pensará que estoy loco. Ya no noto el impacto de la zapatilla contra el suelo. Floto. Ni siquiera visualizo mi caída. Solo un dolor tremendo en la cabeza. Quiero que pare. Es insoportable. Debo acabar con todo esto. Oigo algún grito a mi espalda. Oscuridad.

*

La caída me ha dejado aturdido, pero no me detengo. El sobre con el *pen drive* sigue en el bolsillo trasero del pantalón. Salgo por fin del Camp Nou y enfilo hacia el *parking*, donde reposa el viejo Golf plateado. Lo compré la semana después de llegar al periódico. A plazos de 300 euros. Está tan abollado como el día que lo estrené, haciendo retozar la puerta del copiloto con una de las vigas que sostenían el edificio del diario. Otro trofeo de guerra.

Ahora solo debo seguir la ruta que he trazado en mi cabeza desde hace semanas. Avinguda Arístides Maillol. Diagonal. Ronda de Dalt. Salida 14. Sencillo y rápido. Otra vez en Sant Ildefons.

Aparco el coche frente a la Torre de la Miranda. Es una construcción que siempre me hizo soñar. Aún hoy me niego a pensar que allí no viva un señor barbudo con sombrero de cartón y estrellas de aluminio enganchadas con pegamento Imedio. El Mag Maginet se deja ver únicamente en vísperas de Reyes. Es quien recoge las cartas que los niños del barrio pretenden hacer llegar a Sus Majestades para guardarlas en lo alto del torreón. Las mías debían de salir volando por alguno de los ventanucos que circundan la escalera en espiral. Miro hacia arriba con la misma curiosidad

infantil que nunca me abandonó. La luz de la habitación del mago está apagada, así que continúo mi camino. Hacia abajo.

Barcelona 8

Matador Púchov 0

Camp Nou, Barcelona. 15 de octubre de 2003

No me toques, no me toques. Vuelve mañana.
TIM BUCKLEY. *Song to the Siren*

El último año de la carrera de Periodismo debía ser el mejor. Hacía tiempo que había perdido el miedo a pasar más horas en el bar que dejándome la muñeca tomando apuntes. Nunca fui brillante en los estudios. En realidad, nunca fui brillante en nada, lo que no impedía que mis padres presumieran de unas cualidades que yo no veía por ningún lado. “Es que el niño lee mucho”. Y mi madre, orgullosa, se apartaba la larga melena rubia y lanzaba su letanía en la puerta del colegio público Roger de Flor de Sant Ildefons, trastero de Cornellà en el que me crié. Y lo repetía en el mercado municipal, donde se recogía el pelo con la esperanza de burlar el olor a pescado, que la clavaba en una realidad que ella rechazaba para mí. Pero yo me colaba por el pequeño agujero de la parada, justo bajo los bacalaos, me pegaba a su delantal con encaje y agarraba su mano bien fuerte porque pensaba que así podría advertirla del bochorno.

¿Cómo iba a convencer a toda aquella gente de que yo, un crío de existencia anodina, podía aspirar a ser algo diferente a ellos? ¿Cómo podía decirle a mi padre que cambiar juntas de culata en un taller y destrozarse las manos bajo las tripas de hierro de los coches tenía más mérito que

escribir en un periódico? Bastante tuve con trampear, hacerme invisible ante cualquier intento de acoso por culpa de mi aparato bucal —mi truco era golpear antes de recibir— y vivir en la agonía del vallista. Siempre jadeando y con el pie acariciando el drama. En EGB. En BUP. En COU. Siglas que dejaba atrás con la esperanza de que llegara el día en que la mediocridad diera paso a una epifanía. La tuve en la universidad, donde en el oasis estudiantil de Bellaterra aprendí a memorizar y a vomitar; a beber y a soñar. A creer que ganaría.

*

—Carlitos, es este el sitio, ¿no? Tiene muy buena pinta. Creo que no la hemos cagado escogiendo estas prácticas —me dijo Hugo al plantarnos frente a las oficinas del diario en la calle València. *El Papel*, editado en Barcelona, aspiraba a competir con los mejores periódicos de España. Decía apostar por los periodistas. No parecía poca cosa.

Hugo había sido uno de mis compinches durante la carrera. Incluso solían confundirnos. Pero él era un poco más alto, un poco más guapo, un poco más rubio y mucho más calvo que yo. También más golfo, aunque eso lo compensaba con el talento. Era el típico que te daba la brasa en las partidas de Trivial, capaz de encadenar la capital de Burkina Faso —sí, Uagadugú— con el apodo de José I Bonaparte, rey de España —sí, Pepe Botella—. También —sí— era un desastre. Recuerdo que en los bolsillos de su chaqueta podía encontrarse de todo, desde lonchas de salchichón hasta billetes de avión caducados.

—Hugo, pasa tú primero. Hay que entregar en secretaría los papeles de la universidad.

—A ver, deja que busque en la mochila... —dijo Hugo, que comenzó a remover con calma su mugriento saco de Mary Poppins—. Mira, la entrada del concierto de Extremoduro. ¿Vendrás conmigo, no? El bocata. Joder, ya se me ha chafado. El plátano. La mandarina. Los apuntes de Historia de la Comunicación...

—Tío, esos apuntes son del curso pasado. ¿No llevas encima el papeleo de las prácticas?

—Pasa tú primero, mejor. A ver si cuela y hacen la vista gorda conmigo.

Después lo supe. Cuando un becario entra en la redacción de un periódico se convierte en la gran atracción del circo. Solo falta que le tiren cacahuetes. En pocos lugares se siente uno más desnudo. Cartelitos para puntuar los grados de las curvas —si eres chica—, y también de estupidez —si eres chico—. Veteranos de guerra impartiendo miradas de desprecio y lecciones de libros de autoayuda. El becario es un mono de feria. Un don nadie. Aunque, y ahí la perversa contradicción, su mesa se convierte en zona de paso preferencial para cualquier tipo de interés. Desde ofrecerte marrones que nadie quiere asumir —una manifestación que puede acabar a porrazos, una rueda de prensa a las nueve de la mañana en el Círculo Equestre, el balance económico del Barça, la entrevista al paje de los Reyes Magos—, hasta proposiciones de lo más variopintas. Quien dice beber dice follar.

—Me gusta lo que estoy viendo —susurré a Hugo mientras la secretaria, que se presentó como Mari Paz, comprobaba que mi DNI correspondiera con la carta de presentación. La sonrisa de aquella mujer, que debía de estar al borde de la jubilación, me tranquilizaba.

—Huele a periódico grande —cuchicheó Hugo como inquietante respuesta.

El olor. Creo que estoy obsesionado con los olores. Pero es que allí se mezclaba todo. El olor a café. A humo. A sudor. A sexo.

—Huele a periódico grande —confirmé. Dejé que mis ojos se perdieran en una sala que exudaba tinta y papel, y que tenía más de *saloon* del viejo Oeste que de oficina.

A los pocos minutos se plantó frente a nosotros un señor de apariencia bondadosa en la cincuentena. Dibujó una sonrisa de oreja a oreja y nos dio un fuerte apretón de manos. Su cabeza era redonda y pequeña. Si además era dura, bien podía ser un balón Mikasa de aquellos que, siendo un renacuajo, me destrozaban los dedos de los pies en invierno. En la camisa tenía bordadas dos letras: R. R. Claro que sí. Eran las iniciales del director,

Ramón Rodríguez. Había procurado leer su nombre en la mancheta del diario el día antes de llegar. Me pregunté cuántas prendas tendría con la doble R. Quizá un pañuelo. Quizá los calcetines. ¿O los calzoncillos? Y luego estaban los tirantes. ¿Por qué hay quien se empeña en que el periodismo cuelgue de unos tirantes? El complemento es muy peliculero. Pero provoca el efecto contrario al deseado cuando la tripa exige libertad. Y era este el caso. El personaje destilaba pachorra.

—Podéis pasar los dos a mi despacho.

Dentro aguardaba Beatriz, la tercera becaria del semestre. Recorría los pasillos de la Universitat Autònoma como un espectro y cargando con una mochila del Espanyol. Nunca se había apuntado a las juergas universitarias de la Zona Hermética de Sabadell, por lo que su popularidad era nula.

—¿Os gusta la redacción? —arrancó el director dirigiendo sus ojos a aquel búnker de luz blanca y artificial. No había ventanas, y costaba adivinar un hueco libre en las paredes, repletas de cuadros con portadas de presuntas exclusivas y recortes de prensa de todo tipo. El lugar parecía escogido aposta para oprimir. Por eso me sorprendí al verme cautivado.

—Parece bonita. Hasta hay moqueta —respondí mientras Hugo y Beatriz miraban al suelo con curiosidad.

Al momento me di cuenta de que aquel no era el comentario más adecuado. Cuando quiero quedar bien acostumbro a soltar la primera estupidez que me pasa por la cabeza. La moqueta, sucia y pulgosa, quizá fuera verde en otro tiempo. Aunque para mí era el Jardín del Edén.

—Me gusta que me digas lo de la moqueta. Yo mismo me encargué de escogerla. Ofrece un aspecto señorial a la redacción. Y es muy fácil de limpiar.

—Sí... —respondí astillándome los dientes en busca de un silencio que mis compañeros supieron mantener. Recordé otro tipo de moqueta. La del asilo donde mi abuelo jugaba a la jabalina con los palillos de los dientes. Y las manchas negras de café que nunca desaparecían. Y los millones de insectos que criaban entre las fibras, imitando el criadero de las rastas de Bob Marley.

—Tenemos seis meses de beca. ¿Hay posibilidad de alargarla un tiempo más y aprovechar también el verano? —intervino Hugo al fin. Él era mucho más práctico. Estaba decidido a triunfar en la vida y no podía dejar pasar su primera gran oportunidad.

—Claro que sí. Pensad que los becarios son la mejor cantera para un medio de comunicación. Y desde hoy mismo formáis parte de esta familia.

—Señor Rodríguez, yo quería comentarle algo —intervino Beatriz clavando los océanos negros que tenía como ojos en el director. Hasta entonces nunca había escuchado aquella voz, demasiado dulce para semejante firmeza—. Mi tutor de prácticas ya me ha advertido de que quizá no sea sencillo. Pero me gustaría poder formar parte de la sección de Deportes. Llevo ocho años jugando al fútbol.

—¿En qué equipo? —se interesó el director.

—En el Espanyol. Lo compagino con los estudios. Creo que esa formación podría servirme para aportar algo diferente.

—Ah. ¿Entiendes de fútbol? —musitó el director, que ni siquiera miró a Beatriz. Merecía más atención la pila de periódicos que intentaba mover de un rincón a otro de la mesa—. Y vosotros, los chicos, espero que seáis del Barça.

Tanto Hugo como yo interpretamos que el comentario debía ser correspondido con una risotada. La soltamos. Aun sospechando que Beatriz desearía que se la tragara la tierra.

—Yo me hice del Barça viendo cómo mi padre ponía a parir a Hugo Sánchez cada vez que empezaba a dar brincos celebrando goles con el Madrid. Y este Hugo que tengo aquí al lado, manda narices que se llame igual, no tiene por qué esconderlo. Forma parte del eje del mal —contesté crecido ante toda una autoridad como el director. Beatriz, otra vez invisible, como en los pasillos de la facultad, debió de echar de menos la mochila blanquiazul tras la que solía resguardarse. No dijo nada más.

Llevábamos ya unos diez minutos hablando de cosas banales, pero el ocupante del sillón de cuero aún no nos había dicho nada sobre nuestras funciones. Como a Beatriz, era lo único que me importaba. Llevaba meses soñando con lo mismo que ella: la sección de Deportes. Por algo estuve

madrugando infinidad de fines de semana. Cubría torneos infantiles de gimnasia rítmica, partidos de *ping-pong*, campeonatos de judo... Hasta lucha grecorromana. Deportes de los que no tenía ni idea, pero que el periódico de Cornellà para el que escribía reclamaba. Sin dinero de por medio, por supuesto. Con una Voll-Damm como pago bastaba.

—Siento interrumpir, señor Rodríguez. Pero, volviendo a lo que le comentaba Beatriz, ¿nosotros qué haremos? —solté al fin. La nuez me temblaba. Maldito tic.

El director agarró una horrible taza de dos asas y dio un sorbo lento al café.

—Aprenderéis mecanografía.

El silencio fue breve. Tres segundos. Uno. Dos. Tres. ¿Mecanografía? ¡¿Mecanografía?! ¿Pero qué está diciendo este loco?

—No sabéis lo importante que es saber escribir rápido en esta vida. Y para eso hay que valer, no sirve cualquiera. No hay que dejarse letras ni permitir que se cuelen erratas, que luego los lectores se quejan. Podréis copiar teletipos para ir practicando. Me lo agradeceréis. ¡Pero hay más! —continuó el director, que iba escupiendo microgotas de café mientras hablaba—. La sección de los periodistas en prácticas, porque no me gusta hablar de becarios, se ocupa cada día de tres cosas fundamentales para un periódico. Tomad papel y boli. La agenda de los actos del día. Ya sabéis, exposiciones y esas cosas. La cartelera de cines, donde mejoraréis en la precisión de los detalles. No podéis equivocaros al poner las salas y las horas de las películas. Y también la lista de decesos. Siempre sobre las seis de la tarde recibiréis un fax con los muertos. Tendréis que meter en página los nombres, la edad y la capilla en la que están metidos.

—Entiendo. Muy interesante. Pero supongo que algo más periodístico haremos, ¿no? —replicó Hugo, que no escondía su incomodidad.

El director se dispuso a salir del despacho. En la puerta, sin girarse, contestó a la duda de Hugo:

—Todo es periodismo. Y aquí os haréis periodistas.